

Poema del arado

Con morosa fatiga va escribiendo su historia
por la página eterna, toda luz, de los campos.
Parece un San Francisco por lo pobre y prudente,
y va como hermano peregrino, descalzo.

Yo aprendí de pequeño sus rutas sementales
por las Vegas de Cuyo vigiladas de álamos,
y hablé, tras la esteva, con Dios un claro día
en que se daban cita con el cielo los pájaros.

Su manquera nos tiende la mano esperanzada,
que estrecharon a un tiempo Virgilio y Cincinato.
Mi padre lo guiaba con la emoción despierta
y le hablaba lo mismo que si fuera un hermano.

Es lento y es seguro como el tiempo y el agua,
y como el tiempo deja su inexorable rastro.
Lleva una sombra: el surco. Y un solo amor: la tierra.
Él le hiende su carne y ella se da en milagro.

Dormitan las semillas en sus adentros tímidos
y se escuchan espigas en el aire templado.
Como lentas mareas, se presienten las viñas,
y los árboles nuevos, con su collar de pájaros.

Al estallar la aurora, comenzó su camino;
aún sigue caviloso, con el surco, el arado.
Obstinado, discurre sobre las pardas glebas,
tras la yunta, a quien sigue como un perro a su amo.

La noche se derrama sobre la tierra oscura
-el horizonte estrecha su neblinoso abrazo-,
y el cansancio nocturno lo tiende en la besana.
La reja es una luna sobre la paz del campo.